

Soliloquio de un perro

Mi amo suele leer *Dossier* con el ceño fruncido. Al principio me asustaba creyendo que estaba enojado y que luego se desquitaría conmigo. Pero he terminado por darme cuenta de que la disfruta mucho. Lo sé porque se saca los zapatos, que es lo que hace cuando está contento. Yo aprovecho de mordisquearlos como me gusta cuando están tibiecitos y desprenden ese exquisito olor. Son de los buenos momentos que pasamos juntos.

Recuerdo que alguna vez, para hacerme el divertido, se me ocurrió jugar con la maldita revista hasta dejarla como repollo. Me llevé una chuleta memorable y después mi amo me dio una perorata sobre qué era una publicación de colección; no le capté mucho más, salvo que mi integridad estaría en peligro si volvía a romper una. Creo entender que hay una gracia en tener todos los números y ponerlos juntos, como yo con los huesos que entierro en el patio. Me gusta mirar mi colección de huesos y moverla de allá para acá, y creo que mi amo hace algo parecido cada vez que llega una *Dossier*: lo he sorprendido mirando los lomos más delgados o más gruesos dependiendo de si es un número regular o uno de esos con sopa de letras en la tapa, y lo que veo es eso que los humanos llaman chochera, palabreja que tanto se parece al ruido de esos pájaros a los que me gusta ladrarles en el jardín. Siempre digo, ¡no hay como los ladridos, comunicación clara y directa!

Porque hay que ver que se dan vueltas los humanos para hablar entre ellos. O quizás lo hacen solo cuando hay un testigo incómodo, en este caso yo mismo en toda mi perritud. Sucedió que mi amo fue convocado a opinar en una acalorada conversación sobre algo ininteligible que ellos llamaban «pauta», y me llevó, quizás como sujeto de muestra.

–Esta debe ser una edición especial, de aniversario.

–Oye, que una revista cumpla diez años de publicación ininterrumpida es realmente un hito, eso hay que destacarlo.

–Ya. Pero, ¿cómo? ¿Fiesta, concurso, malón?

–Hagamos lo que siempre hacemos, un número excelente.

–Nooooo. O sea síííí, pero además es la oportunidad de preparar algo especial, de poner un poco de cabeza el orden de la revista.

–¿Una antología con los mejores artículos publicados en estos diez años?

–Para qué. Están todos en el sitio de la revista para quien los quiera ver... Y los mejores no siempre serán los mejores para todos.

–Pensemos en cómo se expresa mejor lo que la revista se ha propuesto: diciéndolo o haciéndolo con una pauta que lo refleje.

–El editorial debería decir que *Dossier* se ha convertido en un espacio para pensar la actualidad con calma y conectarla con la tradición. Uno en que la crónica, el periodismo narrativo y la literatura tienen un refugio sin las limitaciones de otras publicaciones académicas, y con una vocación más masiva y más inclusiva también.

–Tiene que quedar claro que provocar la reflexión y el espíritu crítico también pasa por cultivar una escritura atractiva, ágil. Por algo nos preocupamos de eso.

–¿No fue Leila Guerriero quien dijo que las revistas no solo reflejan e interpretan –y padecen– la época en que existen, sino que la hacen y le dejan marca?

Así discutieron un buen rato, hasta que de pronto empezaron a mirarme con expresiones curiosas. Juraría que de tanto mirarme vieron la luz y decidieron que todos sus problemas se solucionarían si actuaran más como nosotros, los otros animales. Lo pusieron en términos complicados, para variar: escuché algo como «deliberación sobre el estatuto de lo animal hoy», «la nueva frontera ética» y blablá de este tipo. Uff, pensé para mis adentros, pero sin proferir el más mínimo ladrido, por fin terminan con el monopolio de la palabra. Porque, de todos nuestros pares de la Creación –como le oí una vez a un tal Steinbeck–, el humano es el único que bebe sin tener sed, come sin tener hambre y habla sin tener nada que decir.